



CLÍNICA PSICOANALÍTICA INFANTIL EN TIEMPOS DE CRISIS SOCIAL

Silvia Morici*

Introducción

En diciembre de 2001, la República Argentina se declara en quiebra internacional y entra en *default* económico. Este hecho precipita la mayor crisis económica y social de los últimos ochenta años, compitiendo con los índices de pobreza de los años 30. La desocupación, recesión económica, la pobreza extrema y el hambre, alcanzan cifras récord.

En marzo de 2002 arranca el año laboral y lectivo, después del receso vacacional que no fue tal, en tanto la banca local en un hecho inédito había retenido los ahorros de los ciudadanos, obligando a miles de ahorristas a hacer colas interminables en los bancos para intentar rescatar lo confiscado.

En los consultorios psiquiátricos y psicoanalíticos, aumentan las consultas por crisis de ansiedad, somatizaciones, depresión y por migraciones. La clase media, devenida en baja, emigra desgranando familias.

Se comienzan a suceder, entonces, en la ciudad de Buenos Aires, una serie de encuentros donde profesionales de distintas disciplinas se reúnen para analizar cómo afecta esta profunda crisis en las distintas variables sociales. Es así como se realizan múltiples mesas redondas, conferencias, talleres, encuentros que intentan anticipar sus posibles efectos.

El objetivo de esta comunicación intenta, a partir de una casuística extraída de consultas contemporáneas con el momento agudo de la crisis social vivida en la Argentina, analizar los efectos que proviniendo del campo social pueden impactar sobre el espacio singular, y particularmente en la estructura psíquica infantil.

* Psicoanalista de niños y adolescentes. Profesora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA). Miembro titular de Referencia Buenos Aires.



La posición del psicoanalista en momentos de crisis Algunos relatos clínicos

Una niña de seis años de edad, en la ciudad de Buenos Aires, a fines de enero de 2002, coincidente con el momento agudo de la crisis social argentina, asiste como lo viene haciendo todas las semanas durante el último año, a su sesión psicoanalítica.

Esta niña, extremadamente inteligente y perspicaz, entra al consultorio de su analista y ocupa, como ya lo venía haciendo en las últimas sesiones, el lugar que habían convenido asignar a la analista.

La analista le señala este hecho y agrega: *"Definitivamente has decidido apropiarte de mi lugar"*.

En el momento de expresar este señalamiento, este deviene inmediatamente en *interpretación*, ya que la analista siente sorpresa por su propia formulación y súbitamente recuerda que la niña había comentado en sesiones anteriores, *que alguien en su colegio se apropiaba de cosas ajenas*. Esta interpretación abrió la siguiente cadena asociativa:

La niña: *Y qué tiene, si este lugar (el sillón de la analista) es más lindo que el mío, es más cómodo, a mí me gusta más. Lo quiero usar yo, y no que sea tuyo.*

Analista: *Pero entonces, quiere decir, que cambiaste vos sola las reglas acordadas entre las dos, porque no te podés aguantar las ganas de tener las cosas que te gustan mucho y te parecen más lindas que las tuyas.*

La niña: *Claro, por supuesto, lo que me gusta mucho me lo quedo, porque no me aguanto que no sea mío... me lo robo, pero eso qué tiene de malo... ¡si en este país se puede robar!*

La idea no es continuar con el relato de la sesión, sino detenernos en las implicancias de una afirmación que, si bien no escapa a su analista su carácter psicopático, entra en la sesión con carácter perturbador ya que se alude efectivamente al *cambio de las reglas ordenadoras que sostenían una determinada ética*.

La niña puede "confesar" un acto que sabe contradice ese real consensuado implícito en un orden social, cuando comenzó a escuchar lo que segu-



ramente sus padres y todos los adultos de su alrededor habían comenzado a decir: *En este país las reglas ya no responden a las de la ética.*

Caída la legalidad ordenadora exterior, aparece el desborde pulsional. Lo que es deseado por ella es obtenible, y por ende temible.

Si bien esta ruptura de los diques represivos en esta niña, pertenecen a su estructura psíquica, ya que esta niña tiene un padre con una estructura psicótica, la intersección con una contextualidad social que legaliza la infracción (el robo de ahorros por parte de los bancos o la corrupción impune de los gobernantes, como algunos ejemplos), le habilita el acto psicopático, subvirtiendo la legalidad imperante en el encuadre analítico.

Otro niño, de seis años de edad, con una enuresis pertinaz desde que sus padres se separaron un año atrás, entra a su sesión luego de que la madre relata haber sido asaltada en presencia de su hijo. Le sustrajeron el auto, sin signos de violencia, pidiéndole que "sacara al pibe del coche y que no hiciera movimiento alguno".

Nuevamente, como en el caso anterior, la analista siente la intrusión de un real compartido en la sesión. Ya que ella misma había sido asaltada unos días antes, así como su hijo de trece años de edad.

Sin poder evitar la asociación con sus propias experiencias recientes, se anticipa a la comunicación del niño y dice:

Analista: *Qué susto el que pasaron con mami ¿no?* (probablemente su propio miedo y el temor por el posible daño a un hijo a través de la vejación del robo).

Niño: *No, ¿porqué decís que tuve miedo?, yo no tuve nada de miedo. Yo si quería lo reventaba a ese. ¿Sabés lo que dijo?: "Sacá al pibe"... ¡qué pibe, ni qué pibe... yo no soy ningún pibe! Yo, porque no quise, si quería lo reventaba a patadas. Qué pibe, ni qué pibe...* (gesto de indignación y ofensa).

Acá, la cercanía del hecho traumático de la analista con el del niño, no permitió la posición de escucha necesaria que hubiera habilitado el despliegue de la cadena significativa del niño, sino que abrió los contenidos del inconsciente de la analista. Para el niño el traumatismo pasaba por la herida narcisista infringida a su omnipotencia "absoluta", y no por el temor a ser dañado, ya que no percibió la violencia implícita en el acto de robo.



Aunque admitamos el uso del mecanismo de negación por el accionar de la homeostasis de su aparato, este no se constituyó en traumático por los motivos que la analista le atribuyó, sino por la ofensa narcisística implicada en la lucha edípica en la que este niño está embarcado. Ese real social, traumático, cercenador de raciocinio, se entrometió en el real de la sesión analítica, provocando el déficit de escucha en la analista, así como en el caso anterior, la declamación de la pérdida de la ética, operó en la parálisis de la función analítica.

Otra niña muy pequeña, de apenas cuatro años de edad, consulta por una anorexia psicógena a partir de recibir la noticia de irse a vivir a España con su mamá y el novio de esta.

El novio, convertido apresuradamente en marido para adquirir la ciudadanía española, precipitó la convivencia de esta pareja endeblemente configurada.

La niña tiene un fuerte vínculo de apego con su padre a quien ve regularmente. Desde que sabe que se va a separar de su papá evita el alimento. La pediatra encontró detención del crecimiento y peso por debajo del normal. Plantea la posibilidad de alimentación por sonda.

La niña es extremadamente inteligente y con una leve sobreadaptación. Entiende con claridad su situación y tiene absoluta noción de que va enfrentar una migración y la separación con su padre.

En una sesión le muestra a su analista fotos de donde va a vivir, e insiste que en ese lugar no va a encontrar nada de lo que ella necesita: las figuritas preferidas, los marcadores que usa, etc. La analista percibe una profunda tristeza en la niña y en todo el medio familiar que la llama recurrentemente, manifestando el desgarramiento por la situación.

La analista súbitamente se escucha a sí misma, contándole a la niña que ella también emigró siendo muy pequeña como ella, y que aunque fue triste al principio, en ese nuevo país encontró muchas cosas que le gustaron y que ella pensaba que a la niña le iba a pasar lo mismo.

La niña deja las fotos de lado y dice mientras acuna tiernamente a una muñeca: *¿Y Silvias va a ver allá? Papá va ir a verme ¿no?*

La analista sabe que esto es bastante improbable porque el padre está sin



trabajo, sin embargo también sabe del dolor del padre por esta separación y dice: *Yo pienso que papi te quiere mucho.*

La analista piensa que tiene que reforzar la percepción de la niña sobre la posición deseante de sus padres, ya que su anorexia delata la vivencia de no deseo que a la niña le despertó "el abandono" del padre y el de la madre (quien la deja por "otro").

Sin embargo también se sorprende por compartir con la niña un recuerdo autobiográfico. Se lo reprocha en tanto reconoce en ese acto un corrimiento de la ley de abstinencia. No corresponde al análisis "tradicional", ni a su práctica habitual.

Entonces, ¿porqué nuevamente como en los casos anteriores, ve desviada su conducción de la cura?

La respuesta creo que en la misma línea anterior, obedece a que las problemáticas en juego exceden a lo "tradicional", en tanto hay un real consensuado doloroso que atañe tanto al paciente como al analista. El caso de esta niña, donde se combinan migración y separación, desgranado de una determinada trama familiar, es un caso habitual y repetitivo durante el momento de la crisis argentina.

Es inevitable que en este caso singular se represente, a su vez, una realidad social: miles de familias argentinas emigrando, miles de hijos separados de sus padres, y otros tantos padres, abuelos, tíos, separados de hijos, nietos, etc. El dolor de la niña se potencia en el de la analista ante la evidencia de un país que duele por esos días.

Aún así, en la función analítica, virada en función anaclítica, predomina la necesidad de aliviar el sufrimiento de una niñita que aún no cuenta, por lo incipiente de su estructuración psíquico-cognitiva, con elementos compensatorios del dolor de la separación.

¿Cómo acompañarla en el desgarró, metaforizado por un cuerpiño detenido, en un tiempo mítico atemporal donde todos estos dolores no existían? Y ahí surgió el acompañamiento, con el propio recuerdo de una experiencia migratoria temprana. La analista tenía la certeza que salvo por su propia censura psicoanalítica, la confesión no iba a perjudicar a la niña y quizás, sólo quizás, mitigaría en algo su soledad, al verse reflejada en una especularidad acompañante.



Otra niña de seis años entra furiosa al consultorio, diciendo malas palabras contra su madre y sus hermanos. Apparently, el hermano la había culpado injustamente por haber roto un objeto apreciado por la madre. La madre, dando crédito a las palabras de su hermano, le había "lavado la boca con jabón", acusándola de mentirosa.

Durante la sesión, la niña no puede cesar de decir malas palabras y de insultar a "todos los hermanos y a su madre". Dice: *ojalá que se vayan... "que se vayan todos"* (frase popularizada por las manifestaciones cotidianas de ciudadanos en contra de los políticos y gobernantes en esos días de crisis).

La analista permanece en silencio ante la asociación de la frase dicha por la niña y la ocupación del padre, quien es un conocido y repudiado político.

La niña dice, como si leyera los pensamientos de su analista: *¿Vos sabés de qué trabaja mi papá? Te lo cuento si me prometés no decírselo a nadie. Mi papá es político.*

¿La niña muestra su identificación con un padre repudiado? Vivió el acto de su madre como injusto, en similitud con las quejas de su padre hacia una sociedad injusta, incomprensiva, que no le permite "ni salir a la esquina" sin correr serios riesgos en su integridad?

Más preguntas que respuestas, más incógnitas que certezas, más improvisación que técnica, impregnan los consultorios psicoanalíticos en tiempos de crisis.

Prevalecen en los analistas sentimientos de perplejidad e inseguridad frente a la pérdida de fronteras, entre la intimidad de la sesión con su representación del mundo interno del niño, y ese mundo externo con características intrusivas y devastadoras.

Lugar del "jugar" en un contexto de crisis social **Otro relato clínico: un juego grupal**

A fines de marzo de 2002, una madre realiza una consulta, muy angustiada por su hijo mayor de nueve años de edad, quien se había escapado de la casa la noche anterior, y había permanecido vagando por la calle durante tres horas, sin ponerse en contacto con los padres, hasta que decide ir a la casa de la abuela.



A lo largo de diferentes entrevistas, donde los padres aportaron datos familiares y vinculares que comenzaron a arrojar cierta luz a este episodio de fuga en un niño aún pequeño para la realización de un *acting* de esta naturaleza, comentan tangencialmente, un episodio ocurrido en la escuela a la que asiste este niño.

Es de este particular suceso del que podemos extraer algunas conclusiones, con relación al impacto que determinados hechos sociales pueden tener, en este caso, en la producción de juegos en los niños.

Recientemente había aparecido en los diarios, la noticia acerca de un colegio privado de la ciudad de Buenos Aires, donde presuntamente habrían ocurrido una serie de secuestros de alumnos a la salida de dicha escuela. Esto ocasionó que padres en estado de pánico, interpelaran duramente a las autoridades de la institución reclamando por la seguridad de sus hijos.

Los directivos realizaron una investigación para esclarecer la veracidad de la información, comprobando finalmente que esta era una noticia falsa que habían echado a correr un grupo de padres molestos por no haber recibido una respuesta favorable de parte de las autoridades del colegio, a sus reclamos de disminución de la cuota arancelaria.

Con una modalidad persuasiva, cercana a lo coercitivo, estos padres demostraron así su fastidio por no haber sido atendidos en sus reclamos.

Días posteriores a este hecho, estando Sebastián, el niño de la consulta, en el patio del colegio en cuestión, durante un recreo se le acercaron cuatro compañeros del grado (4º grado), quienes mientras le cubrían el rostro violentamente con una campera, lo llevaron a la rastra hasta un baño alejado dentro de la escuela.

Allí lo amenazaron y le dijeron que si quería que no lo "vuelvan a secuestrar más", les tenía que dar dinero.

Sebastián se niega a hacerlo si bien está genuinamente asustado, y agrega que los va a "delatar" a la directora.

Ante el giro inesperado de los hechos, los cuatro niños, frecuentes amigos de Sebastián, ahora asustados por su amenaza, le ofrecen "dinero por su silencio". Están dispuestos a darle dos pesos cada uno si no revela lo ocurrido.



Sebastián realiza rápidos cálculos: el dinero recaudado le permitiría comprar un juego de computadora muy preciado; si bien se ve tentado de aceptar, se le intercepta este deseo por la figura de su madre, y piensa, "me va a matar". Finalmente, se escapa por la fuerza, ya que es un niño robusto para su edad, y cuenta todo el episodio a su madre, quien a su vez se lo comenta a la directora.

La reacción de la madre, finalmente coincide con lo que Sebastián temía, ya que esta efectivamente se enoja con él, y en un relato confuso (es una madre con una estructura border), lo acusa por haber dudado en aceptar "coimas", reprochándole que un verdadero hombre no se vende por dinero.

El niño se desorienta por este intento de explicación que ensaya la madre, pero no le sorprende, ya que está habituado a las frecuentes confusiones de ella. Sin embargo, se muestra genuinamente contento con su decisión "honesta", aunque no sin cierto dejo de lamento por los ocho pesos fáciles, que se perdió de ganar.

Lo que es interesante de analizar, es la reacción, ahora sí de total indignación de Sebastián, frente a la respuesta que surgió de los otros adultos en cuestión en esta historia, es decir, de las autoridades de su colegio, a lo que suponemos fue un intento (nuevamente confuso, como el accionar de la madre) de castigo rectificador a estos "niños secuestradores".

Ese colegio a su vez, como es habitual en las escuelas privadas, apadrina a otra escuela de bajos recursos o escuelas especiales.

En el caso de este colegio se trata del apadrinamiento de una escuela diferencial. Como ejercicio didáctico a sus alumnos, para trabajar los valores de solidaridad y responsabilidad (es de suponer) en los niños, les dan cargos jerárquicos que estos deben asumir para "dirigir" esta escuela adjunta.

Así se distribuyen entre los chicos, los cargos de director, subdirector, secretario, tesorero, etc.

La dirección, entonces decide insólitamente, suponemos que a modo de rectificación ejemplificadora, nombrar a estos cuatro niños "secuestradores", en los cargos más importantes.

Acá sí, Sebastián, mejor alumno de la clase, estalla, se indigna, dice no que-



rer ir más a ese colegio, ya que le debería haber tocado a él, por mérito académico, ocupar uno de esos cargos.

Entonces verbaliza: "Podés creer lo que hizo la directora ¡Los nombró a ellos! ¡Ellos son el director, el secretario, y todo lo demás! Yo no voy más a ese colegio de mierda. ¡Cómo puede ser!, **son los corruptos y los coimeros los que terminan en los cargos más altos.** ¡Esto es reinjusto. Yo no me esfuerzo más. No hago más deberes, que mi mamá no me joda más! Soy el mejor alumno de la clase, estos son unos brutos y además me secuestraron y me quisieron coimear y ellos están en los cargos directivos! ¡Yo no voy a estudiar nunca más, y la próxima vez voy a agarrar la plata, qué me importa lo que me dijo mi mamá. Los corruptos son ellos, y encima los premiaron! La directora es una boluda, y mi mamá también es una boluda. Yo no le hago más caso a nadie y no me va a importar nunca más sacarme buenas notas. ¡Se van todos a cagar!".

Fin (¿o comienzo?) de la historia.

Como se ve, lo impactante del relato es la reproducción en una institución en este caso educativa, de lo que estaba ocurriendo en la institución "educativa madre", representada por el Estado.

El juego de este grupo de niños exponía en una particular dramática la evidencia del estado de corrupción al que había llegado la dirigencia de la República Argentina: la corrupción había ganado a la ética.

Este relato nos permite extraer alguna conclusión sobre la reacción del niño por el cual se realizó la consulta, como el interesante comportamiento grupal de niños pertenecientes a una escuela donde los padres habían tratado de "apretar", en un acto que proviene del código de la mafia, a los directivos, para adquirir un beneficio económico.

En cuanto al niño de la consulta, en este *acting out* desesperado representado por la huida de la casa, luego de haber optado por el respeto de la ley, aún en detrimento de sus propios intereses (el juego de la computadora), este adquiere un carácter simbólico, al convertirse en un signo de llamado a un otro sordo y confundido entre el verdadero orden social y la legalidad subvertida (los adultos en juego en esta historia, que incluye a sus propios padres).

Y en cuanto al comportamiento grupal expresado en un juego singular, que



podemos denominar " juego del secuestro", me surgen más dudas que respuestas: sabemos que el juego en los niños posibilita la tramitación tanto de conflictos intrasubjetivos como de situaciones traumáticas. Realiza en activo lo padecido pasivamente, lleva al acto una dramática inconciente guiada principalmente por el atravesamiento edípico y la historia sexual infantil.

¿Podemos inferir, entonces, que este juego particular da lugar a la tramitación de lo pulsional a predominio sádico en niños prepúberes?

¿O es la puesta en acto de la dramática del imperio de lo pulsional, por sobre la legalidad que dirigía a los adultos de su época?

¿Remedan de esta forma, tomando el aspecto imitativo del juego, la subversión de una legalidad sostenida por un orden social, en la impunidad de la ilegalidad que detentan los adultos encargados de dirigir los destinos de sus "hijos ciudadanos"?

¿Representan con su juego la situación traumática de ver caer sus referentes adultos, haciendo activo, (convertirse en corruptos), ante el padecimiento de ser víctimas activas de un sistema que impuso al corrupto en el lugar del justo?

¿Este juego tiene la suficiente distancia con el hecho real para considerarlo una transicionalidad simbólica, o su particular adherencia con el hecho, lo acerca más a una reproducción de un real no metabolizado, que irrumpe devastando recursos elaborativos propios del aparato?

Es inevitable no recurrir a ejemplos de otros juegos en otras situaciones de crisis social.

Podemos recordar a los niños de la guerra, jugando entre las ruinas de un Londres devastado por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Niños jugando con objetos que remedaban rifles y armas de fuego, "jugando" a los soldados, "matando enemigos", "siendo" el héroe que muere y mata en una Guerra como probablemente le haya sucedido a un padre, hermano o familiar hombre que aún no regresa de esa guerra.

¿Por qué no pensar que en este caso, estos niños contemporáneos "juegan a la corrupción", como los otros "jugaban a la guerra", en el mismo intento de elaboración de un real social arrasador que extermina los recursos elaborativos del aparato psíquico infantil?



En uno y otro caso, ¿son actos creativos o meras repeticiones automáticas? ¿No es este el riesgo de un probable efecto en el psiquismo infantil? ¿La pérdida del referente simbólico no pondrá en riesgo el propio registro simbólico, dejando al niño expuesto a “ser” el corrupto para no “parecer” y padecer a un otro perverso?

La caída de un orden externo ordenador, indispensable para establecer un orden interno, es lo que precipita al aparato psíquico infantil a la ineficacia de sus dispositivos internos, provocando el desborde de lo pulsional, con pasajes al acto.

En este juego grupal infantil, acaecido en la Argentina durante el punto agudo de su crisis social y ética, mas allá de los diferentes análisis que podríamos hacer, no podemos desconocer su carácter de alerta a la sordera del adulto. Ellos nos hacen recordar que la repetición es un recurso defensivo genuino del aparato en momentos de trauma y crisis, así como la identificación con el agresor que nos permite hacerle a otros lo que nosotros padecemos con dolor.

Los efectos en la estructuración psíquica infantil de un contexto social en crisis, que ha dejado caer sus valores éticos al límite de la indefensión, pueden ser devastadores del propio orden interno, cuyas consecuencias nocivas se medirán con el paso del tiempo.

Y esto queda dramáticamente metaforizado en el fin de la historia, que implica la reproducción exacta de la subversión de valores representadas por las **instituciones madre** (el estado nación protector del que habla Leucowicz) tanto por **la madre del niño**, como por **las madres protectoras de la institución educativa** (las directoras).

Estas “**boludas**”, en el decir del niño, y los padres mafiosos, los otros adultos de este relato, realizan pasajes al acto que son mera reproducción de estos otros adultos pertenecientes a la institución madre corrompida.

Desde ahí es que pienso que este juego no puede ser considerado un recurso lúdico, ya que no alude a una situación traumática que es posible de ser elaborada, sino a un acontecimiento catastrófico que devasta un estado ordenador, perturbando la capacidad de pensar y de aplicar una lógica (“las boludas”, citadas por el niño).

Entonces, lo que se reproduce no es un hecho traumático, sino un aconte-



cimiento catastrófico y el recurso lúdico deja de serlo, para convertirse en un mero pasaje al acto, con características de repetición y no de elaboración, lo que evidencia el efecto devastador (imposibilidad de pensar), que esta catástrofe obtiene sobre el psiquismo.

Nuevamente la distinción entre **crisis**, que puede ser elaborada bajo el modelo de lo traumático, de **catástrofe** que devasta los genuinos recursos que puede tener el aparato psíquico, al subvertir el orden de sentido preestablecido. Esta última deja lugar al sin sentido y la capacidad de pensar se ve perturbada; es el imperio del pánico.

Recordemos que el afecto de **pánico**, no sólo está asociado con angustias primordiales intrasubjetivas preexistentes, sino que es considerado una reacción frente al malestar social extremo. Es decir, que terrores actuales revivirán angustias pretéritas.

Esto lleva a la reflexión sobre el lugar que ocupa el adulto, con relación a un niño que inevitablemente lo observa como modelo.

¿Crisis o catástrofe social?

La clínica que los analistas vimos desfilan en nuestros consultorios, durante esa época, es la que nos obligó a definir con mayor precisión a qué correspondían los efectos en el psiquismo infantil, a los cuales nos estábamos enfrentando.

¿Se trataba de crisis o de catástrofe social?

Comenzaré entonces, intentado definir, desde el *Diccionario de la Real Academia Española*, los términos involucrados en esta cuestión.

Al recurrir al Diccionario, encontré que el término **crisis** está definido como:

- *Cambio considerable y súbito, favorable o adverso, en una enfermedad.*

Es decir esta primera definición proviene del modelo médico, de lo *crítico* con relación a la vida o la muerte

Luego hay otras acepciones:

- *Juicio que se hace de una cosa después de haberla examinado cuidadosamente.*



Es decir que en una *crisis* está implicado un *juicio*, una toma de decisión.

Y luego hay una serie de acepciones, a mi modo de ver sorprendentes, que le otorgan al concepto una adherencia a una significación específica:

- *Momento decisivo y grave de un negocio, o de la política.*
- *Caída o descenso de las magnitudes que determinan la actividad económica, como la inversión, el consumo, la creación de puestos de trabajo, etc.*

Y culmina con:

- *Escasez, carestía.*

Vemos que estas últimas provienen del modelo Económico, aludiendo a los sentimientos de caída, descenso, escasez, de **pérdida**.

Si ahora acudimos al Psicoanálisis, en busca de su concepción del término, encontramos que si bien no está aislado como tal en ningún Diccionario de Psicoanálisis, es un término de absoluta familiaridad para él.

Para esta ciencia, el desarrollo del Humano es a partir de **crisis**. Estamos todos familiarizados con las crisis endógenas a partir de las cuales el ser humano arma su aparato psíquico, crece y se desarrolla: crisis del nacimiento, del octavo mes, de la pubertad, adolescencia, madurez, tercera edad, etc.

Es decir que el Psicoanálisis toma el término en su primera acepción, en donde los *cambios*, si bien *considerables* y *súbitos*, son factibles de un destino favorable, lo cual da cuenta de la presencia en el sujeto de un dispositivo con capacidad de acercarlo a la vida, al desarrollo, al crecimiento.

Por supuesto, la literatura psicoanalítica no obvió la **pérdida** que está implicada en toda crisis. Pero al señalar la paradoja intrínseca al armado del aparato psíquico, donde el movimiento de ganancia implica al de pérdida, le otorga a esta pérdida un valor estructurante. Para acceder al Objeto hay que **perder al** objeto, para acceder a la simbolización hay que perder la ilusión, para acceder a una nueva etapa se pierde la anterior, etc.

Es decir, que es impensable el concepto de crisis, sin la asociación con el de **duelo**, con su pasaje obligado implicado en este concepto, de tener que dilucidar qué partes del sí mismo se pierden, a su vez, con cada pérdida.

Por ello, creo que podemos encontrar en el desarrollo que el psicoanálisis



realiza sobre la crisis de la adolescencia, al modelo que condensa la concepción del concepto de **crisis**.

Se habla de la **crisis de la adolescencia** como ese momento caracterizado por la **intensidad** de los **cambios** físico psíquicos, por los que debe atravesar el sujeto, que acarrea un **esfuerzo y trabajo extra**, pero **posible**, por parte de su psiquismo para tramitarlo. Debe duelar las pérdidas que conlleva y crear neoformaciones, soportando entrar en lo que Winnicott definió como un *estado patológico normal*. Es decir, que en lo que se ha dado en llamar la **crisis normal** del adolescente, marcando su carácter paradójico, se grafica el dispositivo de recursos con los que cuenta el psiquismo, habilitándolo para el atravesamiento de las diferentes crisis vitales.

Es un claro ejemplo de cómo el Psicoanálisis tomó esta acepción de crisis en su sentido más constructivista.

Llegado a este punto del recorrido, concluí que entonces, no se trata de este concepto de **crisis**, al que nos vemos confrontados hoy. A este concepto, así desarrollado, le falta agregar algo más que dé cuenta de lo que estamos viviendo en la actualidad y de los efectos que estamos viendo en el psiquismo infantil. Nos hace falta una ampliación de la categorización del concepto. Es como si tuviéramos que remedar la distinción entre, por ejemplo, crisis normal y crisis patológica; o mejor aún, distinguir entre crisis internas de crisis externas.

Podemos coincidir, que lo que no concuerda teóricamente en el desarrollo anterior, es el hecho que para las crisis internas, el psiquismo está preparado, posee el dispositivo, tiene recursos para generar un cambio estructurante ante ella. Está capacitado, de mejor o peor manera, para generar recursos con función constructivista.

Entonces la cuestión se problematiza para el psiquismo, cuando la crisis se desencadena por uno o un conjunto de acontecimientos que no son endógenos sino que provienen del afuera.

Ahora, nuevamente no estamos diciendo nada que el Psicoanálisis no haya previsto, ya que este definió al acontecimiento que, proviniendo por fuera del sujeto impacta sobre él, como **trauma**.

Si queremos precisar este concepto, en el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (1968), lo encontramos como:



*“Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su **intensidad**, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los **efectos** patógenos duraderos que provoca la organización”.*

O el modelo energético:

“Esfuerzo extra de energía que debe realizar el aparato psíquico para encontrar respuestas adecuadas al influjo de sensaciones intensas que provienen del exterior”.

Entonces, pareciera que con el concepto de trauma nos vamos acercando, de una manera más precisa, a categorizar las vivencias que acompañan a los acontecimientos que se están viviendo hoy en la Argentina. Una prueba de ello son los efectos que comienzan a describir psicoanalistas y psiquiatras de adultos a partir del incremento de consultas en adultos por depresión, o como las definió Luis Hornstein recientemente, por *patologías de la temporalidad* (sensación de pérdida de futuro), entre otras manifestaciones.

Ahora, si bien con el agregado de la concepción de trauma, pareciera que nos acercamos a dar cuenta de los efectos que estamos observando en los niños en la actualidad, más esclarecedora resulta la combinatoria de los tres términos en cuestión: **crisis**, con su carácter temporal de algo súbito y perentorio; **duelo**, por la sensación de pérdida asociada y **trauma**, por el esfuerzo extra que conlleva y su traducción en efectos.

Hallé entonces, que hay un término que puede de alguna manera condensar, enriquecer y dar aún más cuenta del padecimiento psíquico actual. Este es el término **catástrofe**.

Volvamos al diccionario:

- *Abatir, destruir.*
- *Suceso infausto y extraordinario que **trastoca y altera el orden natural de los acontecimientos**.*
- *Desenlace del poema dramático, especialmente cuando es funesto o doloroso.*

Creo que lo que agrega y enfatiza este concepto es el carácter destructivo del acontecimiento ya que implica la alteración de un orden natural con extensiones al orden social, político, jurídico, etc.

Implica la prevalencia del sentimiento de impotencia, y por ende de abatimiento, al asistir a la precipitación de ese orden indispensable para la su-



pervivencia. Un ordenador, o varios, caen con mayor rapidez que la capacidad de reconstruirlo. La metáfora en imagen sería la del derrumbe por explosión súbita, por ejemplo, de un edificio. La sensación es de devastación. El movimiento de caída parece superar al movimiento de construcción.

Los sentimientos que imperan en la catástrofe, entonces, son el de abatimiento, arrasamiento y por ende depresión. Ahora, nuevamente esta noción de sensación catastrófica, tampoco es ajena al Psicoanálisis, ya que en este caso fue Winnicott (1965), quien se percató de la existencia en el psiquismo incipiente del ser humano, de una angustia muy primitiva desencadenada toda vez que el niño atraviesa la pérdida de un estado de sostén integrador, necesario para mitigar lo que este autor denominó sensación de caída sin fin, o **angustia catastrófica**.

De hecho, Kaës (1979), en su libro *Crisis, ruptura y superación*, cita un párrafo de Thom donde este destaca que la crisis conlleva al sujeto a una amenaza de muerte y a la integridad del sujeto. Textualmente, en dicho libro, Thom afirma: *“Generalmente esta amenaza moviliza medios de acción para la supervivencia, para nuevos comportamientos reguladores. Toda crisis genera una señal de alarma que pone en movimiento los mecanismos de extensión de la crisis. **Cuando ciertas condiciones fisiológicas, psicológicas o sociológicas no se conjugan para contribuir a la eficacia de los mecanismos de extinción (entre los cuales el carácter paralizante de la angustia es un factor importante) sobreviene la catástrofe”**.*

Este intento de encontrar un marco teórico al concepto de crisis es simplemente para poder pensar juntos los **efectos** que esta crisis-catástrofe acarrea en el psiquismo de los niños.

Recurro, entonces, a la observación de la clínica de lo que podríamos llamar *la clínica de la crisis*. Me refiero a lo que nos confrontamos como psicoanalistas de niños en nuestros consultorios, al igual que otros agentes de salud, como pediatras y educadores, desde sus diferentes espacios de trabajo.

Me arriesgaría a decir que, si cotejamos todas nuestras experiencias, no dudaríamos en coincidir al categorizar a la situación social de ese momento, como una catástrofe social.

Es decir, que si nos guiamos por los efectos devastadores que observamos en el psiquismo de los adultos responsables del necesario sostén de los niños a su cargo, esto es, la primacía de sensaciones angustioso-catastróficas,



la imposibilidad temporal de generar respuestas adecuadas por su carácter perentorio, la sensación de **escasez** de recursos, de **caída** vertiginosa, sin fin, de pérdidas de sostén, de que el orden simbólico cae más rápido de lo que se puede construir, podemos concluir que ese fue un momento donde lo que prevalecía en el psiquismo adulto, era angustia catastrófica.

¿Juego elaborativo o representativo de devastación del aparato?

Si consensuamos que el juego infantil, en tanto producción del inconsciente, interviene activamente en el armado del aparato psíquico en formación, ¿cuándo este puede ser considerado evidencia del **trabajo elaborativo de trauma** y cuándo **repetición de lo no procesado ni procesable**, por un psiquismo puramente impactado por la **devastación** de un real impensable?

Si como venimos desarrollando en esta comunicación, consideramos que la crisis social detallada adquirió categoría de catástrofe, entonces el afecto imperante en el psiquismo no es de **angustia** sino de **pánico**.

En esta posición panícosa el adulto pierde pie, siente una subversión del orden de sentido demasiado veloz para poder reordenarlo en otra cadena de sentido. Siente la pérdida de recursos y simetriza su posición frente al niño (nuevamente "las boludas" del relato del niño). El niño pierde al adulto, a su vez, como figura ordenadora de sentido, quedando expuesto al sentimiento de pánico él mismo, o a pasajes al acto (lo opuesto al juego).

Si observamos hoy con atención a los niños y adolescentes de nuestros consultorios, podemos comprobar cómo están siendo demandados por los padres para cumplir con responsabilidades excesivas, como pensar en ganar dinero precozmente, resolver su futuro y en algunos casos, el de toda la familia.

Pareciera que, súbitamente, los adultos hubieran decretado el fin de la moratoria de la infancia y adolescencia, catapultando a los niños al mundo de los problemas y responsabilidades adultas, cuyo extremo está representado por los niños sostenedores de hogares.

Y en consonancia con esto, es sorprendente escuchar cada vez con mayor frecuencia, a los hijos nombrar a sus padres por sus nombres de pila, en el lugar del tradicional: "papá" o "mamá". Todos observables, de mayor o menor gravedad, con mayores o menores consecuencias en las posibilidades de sobrellevar los malestares crecientes de la vida cotidiana, pero todos ine-



ludiblemente, marcas, trazos, que dejarán huella en las subjetividades de estos niños del año 2002, en nuestra Argentina de hoy.

Clínica de la crisis

La comprensión del impacto psíquico por la que atraviesan los adultos en esta crisis-catástrofe es fundamental, para analizar su efecto en el psiquismo infantil.

En estos momentos, nos estamos encontrando en la clínica con niños, con familias que deben tomar decisiones que muchas veces se acercan más a actos desesperados: migraciones de todo el núcleo familiar; migración de uno de los miembros provocando la separación forzada de la pareja conyugal; migración de uno o varios hijos jóvenes; separaciones y crisis conyugales y familiares, precipitadas o agudizadas por la crisis; abandono de alguno de los miembros de la pareja conyugal.

Con respecto a los niños nos encontramos con niños que tienen que emigrar súbitamente con sus familias, que atraviesan por el abandono o lejanía de uno de sus padres o hermanos, que han tenido que mudarse de escuela, de casa, de barrio, perdiendo habituales espacios de referencia, de historia, de contención, lazos afectivos y sociales.

Es decir, nos encontramos con niños que están recibiendo estímulos traumáticos bajo un efecto duplicador. Están confrontados con pérdidas propias y con las de sus padres. En este lugar particular, que ocupa el niño en la estructura parental de dependencia física y psíquica, está también sujeto a los efectos del trauma en sus padres, quienes a su vez transmitirán de manera singular el propio atravesamiento. Entonces, comienza a darse un fenómeno de simetrización en donde adultos y niños comparten angustias e incertidumbres, llegando incluso, en algunos casos, a la subversión del proceso, siendo el niño quien ocupa el lugar de sostén frente a un adulto vulnerable. Se simetrizan o invierten, entonces, los lugares de sostén y vulnerabilidad.

Es así como los efectos en el psiquismo infantil de lo padecido, tanto en forma directa como por transmisión indirecta, de los acontecimientos desencadenados en la situación catastrófica, se traducen en niños excesivamente preocupados y ocupados por sus padres, con sintomatología adultomórfica, como cefaleas, migrañas, hipertensión arterial, gastritis, contracturas musculares, depresión, etc.



Y en otros, toman la forma de desorganizaciones psicosomáticas o emocionales más propias de lo infantil, como trastornos de sueño, pesadillas, insomnio, enuresis, dolores estomacales, estados ansiosos, bulimia, dificultades de atención, estados angustiosos, etc.

Y para finalizar, quiero resaltar lo que creo que es el efecto más dramático y cuyos alcances catastróficos, probablemente superen nuestra capacidad de predicción: es la cifra alarmante publicada por el Gobierno a principios de año, sobre el incremento de la deserción escolar y el hambre en la niñez.

Esa cifra, que nos golpea en nuestra función de adultos responsables, nos confronta con una verdadera catástrofe social. Estamos asistiendo a la creación de toda una generación que no sólo no puede acceder a lo que es su justo derecho, contemplado en la Convención de los Derechos del Niño, sino que está siendo destinada a ser espectadora, desde la periferia, y la marginalidad, al desarrollo de otra infancia que sí va a acceder al privilegio (no más un derecho) de convertirse en sujeto de conocimiento. Esto implica el fin de la equidad.

Conclusiones

Cuando acordamos que un determinado momento social vira del momento de crisis, concepto que conlleva un carácter constructivo, al de catástrofe, estamos reconociendo el movimiento desconstruccionista que este lleva implícito. Entonces, como psicoanalistas, estamos capacitados para prever que nos vamos a ver inmersos, junto con nuestros pacientes, en una sensación de caída destructiva. Todo cae a nuestro alrededor con mayor rapidez que nuestra capacidad de reconstrucción.

La caída de la que hablamos es la del **referente simbólico**. Desaparece la legalidad consensuada, la justicia, la equidad y, por ende, la ética.

Caen los valores simbólicos ordenadores: un genocida debe estar preso; un ladrón, un corrupto, deben recibir penas; la propiedad e integridad privada no pueden ser invadidas, un niño tiene el derecho constitucional de no pasar hambre, de obtener una vivienda digna, de recibir afecto y de acceder a la educación. Todos estos valores simbólicos, representativos de una sociedad que pretende ser democrática y solidaria, se desmoronan, desapareciendo del eje de la escena social y dando lugar al desborde de lo pulsional: corrupción impune, robo, asalto, secuestros, violación de la propiedad privada, obscenidad del hambre, etc. El Psicoanálisis en tanto disciplina, interpretación y reflexión, tiene que incluir a su vez los efectos de esta catástrofe so-



cial en su práctica, para sobrevivir como teoría y para adecuar su eficacia.

Primera versión: 6/8/03

Aprobado: 12/10/03

Bibliografía

Chemama, R. (1995), *Diccionario de psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.

Diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua española, Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1964.

Diccionario enciclopédico Encarta en español, 1999.

Freud, S. (1925), *Inhibición, síntoma y angustia*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

(1917), *Duelo y Melancolía*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Geets, C. (1993), *Donald Winnicott*, Editorial Almagesto, Buenos Aires.

Kaufman, P. (1996), "Elementos para una enciclopedia del Psicoanálisis"., En: *El aporte freudiano*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Kaës, R. (1979), "Crisis, ruptura y superación", En: *Colección texto y contexto*. Ediciones Cinco, Buenos Aires, 1979.

Laplanche, J., Pontalis, J. B. (1968), *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Universidad, Buenos Aires, (1974).

Marcelli, D., Braconnier, A. (2000), *Adolescence et psychopathologie*, Editorial Masson, París.

Winnicott, D. (1965), *El proceso de maduración en el niño*, Editorial Laia, Barcelona, 1979.

Resumen

Esta comunicación intenta hacer un análisis de los efectos de la crisis social, padecida por el psiquismo infantil, en la Argentina, entre fines del año



2001 hasta nuestros días.

Se intenta diferenciar el concepto de crisis del de duelo y trauma, para luego redefinir el concepto de catástrofe.

A partir de una serie de viñetas clínicas, contemporáneas con el momento agudo de la crisis social padecida a fines de 2001, se analiza la posición del analista en su doble función de observador del mundo interno y como sujeto impactado, por un real con características devastadoras.

A su vez, se intenta reflexionar sobre lo que ocurre con el juego en los niños que ven atravesada su vida cotidiana por adultos devastados e imprecisos en su función ordenadora y protectora, al estar bajo el predominio de sentimientos panicosos, frente a la sensación del derrumbe de valores ordenadores, provocados por la catástrofe social.

Para finalizar, se describe una clínica imperante en momentos de crisis extrema, resaltando el predominio de sintomatología psicósomática y estados angustiosos, que completa el panorama sobre los efectos observados en la construcción de subjetividades de los niños, impactados por un contexto social inhóspito.

Palabras claves: crisis; duelo; trauma; catástrofe.

Summary

This paper intends to analyse the effects of the social crisis -which Argentina has undergone since the end of 2001- on infantile psychism.

It endeavours to distinguish between the concept of crisis and the ones of mourning and trauma in order to re-define the concept of catastrophe.

This work also analyses the events in the play field of children whose everyday life has been run through devastated adults that, overwhelmed by the collapse of former values due to the social catastrophe, and under a state of panic, will imprecisely carry out both the forming and protecting functions.

Regarding a series of clinical vignettes from the worst time of the social crisis -end of 2001- the analyst's position is evaluated at it's double function: as an observer of the internal world as well as an individual affected by a real devastating situation.



Finally, it describes a ruling clinic in extremely critical situations, highlighting the emergence of both a prevailing psychosomatic symptomatology and a state of anguish, as a complement to the mentioned effects in the construction of subjectivities of children impacted by an inconvenient social environment.

Key words: crisis; mourning; trauma; catastrophe.

Résumé

La présente communication essaye de faire une analyse des effets de la crise sociale, subie par l'Argentine entre la fin 2001 et nos jours, sur le psychisme des enfants.

Le texte essaye de distinguer le concept de crise de celui de deuil et de trauma, pour redéfinir ensuite le concept de catastrophe.

À partir d'une série de vignettes cliniques contemporaines au pire moment de la crise sociale subie à la fin 2001, la position de l'analyste est analysée dans son double rôle d'observateur du monde intérieur et de sujet frappé par une réalité aux caractéristiques dévastatrices.

En même temps, l'auteur essaye de réfléchir sur ce qui se passe dans le jeu des enfants qui voient leur vie quotidienne traversée par des adultes dévastés et imprécis dans leur fonction ordonnatrice et protectrice, étant donné qu'ils se trouvent sous l'emprise des sentiments de panique, face à la sensation de l'effondrement de valeurs ordonnatrices provoqué par la catastrophe sociale.

Pour terminer, l'auteur décrit une clinique qui s'impose lors d'une crise extrême, où est mise en valeur la prédominance de symptomatologie psychosomatique et d'états d'angoisse, qui complète le panorama des effets observés dans la construction de subjectivités des enfants sous le choc d'un contexte social hostile.

Mots-clés: crise; deuil; trauma; catastrophe.

Silvia Morici
Arenales 3504, 10° "47"
(1425) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4825-2025
smorici@ciudad.com.ar